

Pasión por el conocimiento: Dr. Humberto Fernández-Morán

Passion for knowledge: Dr. Humberto Fernández-Morán

Roberto Betancourt A.

Observatorio Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6667-4214>

V7683160@gmail.com

Caracas-Venezuela

Reflexiones/ Reflections

Fuente: <https://ultimasnoticias.com.ve/opinion/la-pasion-por-el-conocimiento/>

Humberto Fernández-Morán, nacido en Maracaibo en 1924, fue un visionario cuya obra trascendió fronteras. Médico, biofísico e inventor, revolucionó la ciencia moderna con su trabajo en el campo de la microscopía electrónica. Fue el creador del bisturí de diamante, una herramienta esencial en cirugías de alta precisión, y su aportación al desarrollo de la criomicroscopía electrónica sentó las bases para avances cruciales en biología molecular. Su legado es un testimonio de que, como reza el aforismo, «quien pone el corazón en lo que hace, encuentra soluciones donde los indolentes y perezosos se dan por vencidos».

Imagino al Dr. Humberto Fernández-Morán como parte de una gran tertulia que evoca la majestuosidad de la obra plástica de Arturo Michelena, «Panteón de los Héroes» (1898), donde roza hombros con los héroes de la independencia nacional en un portentoso diálogo que todos deseamos escuchar. Honrar su memoria y su obra no solo es hacer justicia a un científico excepcional, sino que también abre las puertas a otros héroes aún por reconocer cuyas contribuciones han sido fundamentales para el progreso de la nación y del mundo. Supone una invitación a inspirar a las nuevas generaciones y mostrar que la ciencia y el conocimiento científico son pilares esenciales para el desarrollo de una sociedad libre y soberana.

En un mundo donde la independencia tecnológica y científica es tan crucial como la política, el legado de Humberto Fernández-Morán adquiere una relevancia especial, ya que su obra es un ejemplo de que la verdadera libertad se forja en los laboratorios, en los centros de

investigación y en la industria, donde se desarrollan las herramientas que permiten a la sociedad liberarse de las ataduras de la dependencia.

Elevarle al Panteón Nacional no es solo un acto simbólico, sino un hito que supone un antes y un después en la forma en que nuestro país reconoce a sus figuras contemporáneas de la ciencia. Es un momento para unirnos, para trabajar con dedicación y pasión, conscientes de que lo que construyamos hoy perdurará para siempre.

Este homenaje al Dr. Fernández-Morán es también un tributo y una invitación a seguir su ejemplo, a poner el corazón en cada proyecto, en cada investigación y en cada solución que contribuya al bien común.

«La independencia del terruño por la que luchamos antes se ha trasladado a los espacios de investigación y desarrollo, a la industria, para liberarnos del yugo ubicuo de quienes nos desean serviles a su causa». Hoy, más que nunca, es necesario reafirmar que la ciencia y la tecnología son herramientas de liberación y que hombres como Fernández-Morán son faros que iluminan el camino hacia un futuro mejor.

Entre los nombres que han dejado una huella indeleble en la ciencia, pocos destacan con la misma intensidad que Humberto Fernández-Morán (HFM). Su legado, que incluye la invención del bisturí de diamante y su contribución al desarrollo de la microscopía electrónica, trasciende el ámbito técnico para adentrarse en las profundidades del pensamiento filosófico y la sensibilidad humana. La



cita que él eligió para honrar la memoria de su padre, atribuida a Heráclito de Éfeso, nos invita a reflexionar sobre la insondable naturaleza del alma: «Los límites del alma no los podrías descubrir, aunque recorrieras todos los caminos; tan profunda es su razón». Con este gesto, HFM no solo le rinde homenaje, sino que también nos revela una dimensión del científico con frecuencia ensombrecida por la imagen del rigor analítico: la del pensador romántico, el hombre o la mujer apasionada que no disocia la razón de la emoción, la lógica de la belleza.

En ocasiones, se ha reducido injustamente la figura del científico a la de un ser glacial, distante y guiado exclusivamente por el cálculo y la objetividad. La realidad es que la ciencia, en su esencia más pura, es un acto de amor hacia el conocimiento, un impulso profundamente humano por descifrar los misterios del universo. René Descartes, en «Las pasiones del alma» (1649), reconocía la íntima conexión entre las emociones y el intelecto, afirmando que «la admiración es la primera de todas las pasiones», y no es casual que quienes dedican su vida a la investigación sean, en el fondo, personas movidas por una admiración inagotable por el mundo natural y por el deseo de ir más allá de lo conocido.

HFM encarnó este ideal, visible en su incansable búsqueda de la precisión y la perfección en la observación microscópica. Lejos de ser un simple ejercicio técnico, se trató de una verdadera obsesión estética, un anhelo por revelar la estructura oculta de la vida con una nitidez sin precedentes. En su concepción de la ciencia se unen la belleza y la exactitud, como si la exploración del minúsculo fuese también una forma de contemplar lo sublime. Esta pasión lo llevó a trascender los límites de la tecnología de su época y a desarrollar instrumentos que permitirían a las generaciones futuras desentrañar los secretos de la biología con una claridad sin igual.

Pero el alma del científico es profunda por su racionalidad, al tiempo que lo es por su capacidad de sentir intensamente. El mismo Descartes asevera que «las

pasiones son todas buenas de su naturaleza y no tenemos nada que evitar sino su mal uso o su exceso». En la vida de HFM, la pasión no se limitó al laboratorio; se extendió a su amor por su país, a su convicción de que Venezuela debía convertirse en un centro de excelencia científica. La creación del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas fue un testimonio de su empeño por sembrar el conocimiento en su tierra natal, un sueño que, como muchos de los que alimentan los espíritus visionarios, se vio frustrado por circunstancias políticas adversas.

A pesar de las dificultades, su legado persiste. Cada bisturí de diamante utilizado en laboratorios de todo el mundo, cada imagen capturada con la precisión de la criomicroscopía electrónica, es un eco de su visión. Como bien lo expresó Carl Sagan, otro científico profundamente humanista, «en algún lugar, algo increíble espera ser descubierto». Esa espera es, en esencia, el motor de la ciencia, y su combustible es la misma emoción que impulsa a los artistas y poetas: la curiosidad insaciable, la devoción por lo desconocido, la fascinación ante el misterio.

Es tiempo de reivindicar la imagen del científico como lo que realmente es: un explorador del pensamiento, un apasionado del conocimiento, un soñador que, lejos de la frialdad estereotípica, experimenta con intensidad la alegría del descubrimiento y la tristeza del fracaso. En las profundidades de su alma, como lo sugirió Heráclito, se esconde una razón tan vasta como insondable, una llama que ilumina el camino del progreso humano. HFM, con su vida y obra, nos recuerda que la ciencia no es solo el dominio de la lógica, sino también el territorio de las grandes pasiones.